

Compilación de
FREDERICK J. NEWMAYER

PANORAMA DE LA LINGÜÍSTICA MODERNA DE LA UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE

IV. EL LENGUAJE: EN SU CONTEXTO SOCIO-CULTURAL

Edición supervisada por
Luis Eguen

Año: 1992

1. El estudio del lenguaje en su contexto socio-cultural

Beatriz R. Lavandera

1.0. Introducción

No parece descabellado considerar a Chomsky indirectamente responsable del vertiginoso desarrollo de la sociolingüística y de la etnolingüística a finales de los años 60, así como de la relevancia concedida a la pragmática y al análisis del discurso a mediados de los 70. Por paradójico que pueda parecer, al retomar la dicotomía *langue-parole* de Saussure (bajo las rúbricas de «competencia» y «actuación») y, lo que ha resultado aún más importante, al propugnar la autonomía de la sintaxis, Chomsky ha espoleado el interés por el estudio del lenguaje en su contexto socio-cultural. Para muchos investigadores, estos dos pilares de la lingüística chomskiana parecen dejar de lado una parte importante de las cuestiones más interesantes sobre el lenguaje, especialmente aquellas que se refieren a cómo funciona en sociedad. Como consecuencia, un buen número de lingüistas han optado por escoger un sendero propio y se han esforzado en elaborar una concepción alternativa del lenguaje, dentro de la cual se atribuye extrema importancia a su función social.

Las formas que han adoptado estas reacciones contra el postulado de Chomsky de que lo sistemático en el lenguaje forma únicamente parte de la competencia son muy diversas. Algunos autores, al descubrir patrones sistemáticos ajenos a la competencia chomskiana, han optado por ampliar esta noción de modo que abarque la mayoría de los aspectos que Chomsky describe a la actuación. Como ejemplo puede citarse la «competencia comunicativa» de Hymes (1972), definida por este autor como el conocimiento de las reglas abstractas de una lengua necesario para establecer correspondencias entre las formas fónicas y los significados, así como la habilidad para emplear estas correspondencias de una manera social y culturalmente adecuada. Otros autores, en cambio, han detectado sistemas en la actuación al igual que en la competencia y han formulado teorías específicas de la actuación (por ej., Labov, 1969; 1972a). Pero, sea cual sea la opción preferida, ha ido creciendo el número de investigadores que comparten la convicción de que el paradigma chomskiano resulta demasiado limitado como para dar cuenta de aquellos interrogantes sobre el lenguaje que poseen mayor interés.

En lo que sigue, examinaré y comentaré las principales corrientes del estudio del lenguaje dentro de su contexto socio-cultural. No pretendo

agotar esta cuestión; tampoco me propongo ofrecer una visión de conjunto de los capítulos de este volumen (una visión de conjunto de lo que, a su vez, son diferentes visiones de conjunto no sería de mucha utilidad). Lo que haré será referirme ocasional y brevemente a los distintos capítulos, con el fin de ilustrar algunos aspectos generales, y utilizaré su contenido como un telón de fondo sobre el que proyectar mis propias concepciones sobre el lenguaje en su contexto social.

1.1. Algunas dimensiones en el estudio del lenguaje en su contexto socio-cultural

No pueden establecerse nítidas distinciones entre las distintas perspectivas de la lingüística que poseen una orientación social, de manera que cada una de ellas se opusiera a las demás según su materia de estudio, sus objetivos, su metodología, etc. La situación es, de hecho, mucho más compleja: se producen importantes solapamientos de distinto signo; dos tendencias que comparten el mismo objeto básico de investigación pueden no coincidir en su metodología, mientras que investigadores pertenecientes a áreas por completo diferentes quizás empleen idéntica metodología. En los siguientes subapartados perfilaré lo que considero son las tres dimensiones más importantes sobre las que se vertebran los distintos enfoques del lenguaje en su contexto socio-cultural: su concepción del «uso del lenguaje» (1.1.1); sus principales objetivos (1.1.2); y su inclinación a emplear métodos formales de análisis (1.1.3).

1.1.1. El uso del lenguaje

Todas las tendencias recogidas en este volumen comparten el propósito común de estudiar el uso del lenguaje. No obstante, al término «uso» se le atribuyen acepciones profundamente diferentes, cada una de las cuales caracteriza, a fin de cuentas, a una disciplina semiindependiente. Por ejemplo, en el área conocida como «etnografía del habla», cuyos pioneros fueron Gumperz y Dell Hymes (véanse Gumperz, 1971; Gumperz y Hymes, 1972; Hymes, 1974) y que, en este volumen, se ve representada por el capítulo de Duranti (12), el término «uso» se refiere al uso del código, o de los códigos, en el desarrollo de la vida social. Los estudios realizados en esta área son dinámicos e interaccionales y, recientemente, han adoptado la teoría de Goffman (1971, 1974, 1981) sobre el orden social. Los datos analizados por la etnografía del habla suelen consistir en enunciados o repertorios de enunciados, en los rasgos que caracterizan al hablante, al oyente y a la situación del habla, así como en las supuestas finalidades del acto comunicativo.

El «paradigma cuantitativo» comparte con la etnografía del habla un importante conjunto de datos que se definen sobre la base de los enunciados producidos. Sin embargo, ya no es un enunciado o un conjunto de

enunciados conectados entre sí lo que constituye el objeto del análisis en esta área, que se inició con las investigaciones de Labov y de sus colaboradores. En este caso, se trata de «datos estadísticos acumulados» que se recopilan cuantificando diversas variables lingüísticas y correlacionándolas con variables externas en todos los enunciados del corpus, el cual, a su vez, se obtiene a partir de una muestra de hablantes socioeconómicamente representativa (cf. Labov, 1972a). Tres son los capítulos de este volumen que se ocupan del paradigma cuantitativo, visto desde distintos ángulos: el capítulo «Lenguaje y clase social» (3) de Guy relaciona este modelo con la espinosa cuestión de cuál es la teoría social apropiada para la sociolingüística; el capítulo «Dialectología» (7) de Walters presenta a quienes participan en este modelo como dialectólogos modernizados, urbanos; el capítulo de Sankoff, «Sociolingüística y variación sintáctica» (8), defiende este paradigma en su versión más radical y le atribuye (a mi juicio, de manera cuestionable) una proyección social.

Otros enfoques también se ocupan de los enunciados, pero a un nivel interpersonal, desvinculándolos, en mayor o menor medida, del contexto social. Así ocurre en la mayor parte del análisis del discurso y, en menor grado, en el análisis de la conversación, tendencias representadas en este volumen por los capítulos de Blakemore (13) y Schiffrin (14) respectivamente. De entre todas las subdisciplinas recogidas en este volumen, el análisis del discurso es la que comparte un mayor número de rasgos, en lo que a metodología y resultados se refiere, con la lingüística chomskiana, de manera que, si bien su objeto de estudio es el habla efectiva empleada en situaciones reales, tiende a considerarlo de manera autónoma, tal y como los generativistas estudian la gramática.

Por último, existe un enfoque del uso lingüístico totalmente distinto de los que acabo de describir. Este enfoque (o, más apropiadamente, este conjunto de enfoques) se agrupa bajo la rúbrica de «macro-sociolingüística». En este caso, los datos objeto de análisis no son los enunciados, sino los sistemas, en particular, las lenguas o las variedades lingüísticas presentes en una misma comunidad. La labor del lingüista consiste, por lo tanto, en analizar la relación que existe entre estos sistemas. Algunas ramas de la macro-sociolingüística representadas en este volumen son la dialectología (cap. 7), la planificación lingüística (cap. 11), las investigaciones sobre el bilingüismo (cap. 6), el estudio del nacimiento de las lenguas (cap. 9) y el de su desaparición (cap. 10).

1.1.2. Objetivos del estudio del lenguaje en su contexto

De la misma manera que los distintos enfoques difieren en su materia de estudio, también lo hacen con respecto a sus objetivos últimos. Nada tiene de sorprendente el que, dentro de una área tan variada y extensa como es el estudio del lenguaje en su contexto social, podamos encontrar objetivos tan divergentes. Dell Hymes, en su intervención de 1972 en la Georgetown

Round Table (publicada en Hymes, 1974), perfila los que considera como los tres objetivos más distintivos que pueden identificarse entre quienes practican la sociolingüística (en el sentido más amplio del término). Dado que considero la tricotomía de Hymes de la máxima utilidad, paso a presentarla en esta sección.

Hymes considera la primera corriente como «social a la vez que lingüística», categorización en la que se incluyen los trabajos con orientación sociológica que presentan objetivos de índole práctica, así como todos aquellos que consideran el lenguaje en conexión con la educación, los grupos minoritarios y la política lingüística. Para la consecución de estos objetivos no es necesario poner en duda los postulados de las corrientes principales de la lingüística. De hecho, como señala Hymes, personalidades de los estudios gramaticales como Sapir, Bloomfield y Swadesh se comprometieron con cuestiones de índole práctica. Aún se continúa investigando dentro de esta tradición, representada en este volumen por los capítulos de Saugh (4), «Lenguaje y raza», Christian (11), «Planificación lingüística», Dressler (10), «La extinción de una lengua», y McConnell-Ginet (5) «Lenguaje y género».

Hymes denomina a la segunda corriente «lingüística socialmente realista». Esta orientación representada en la década de los 70 especialmente por Labov y sus colaboradores, desfiló a la lingüística al uso al considerar datos extralidos de la propia comunidad de habla y al desarrollar nuevos métodos que, a su vez, permiten descubrimientos inéditos sobre el lenguaje. Sin embargo, Hymes no cree que sus objetivos sean significativamente diferentes de los habituales en la lingüística; de hecho, por lo general, este enfoque se ha ocupado de los que son problemas ya tradicionales: la naturaleza de las reglas lingüísticas, del cambio fonológico, etc.

Hymes piensa que la tercera tendencia, la «lingüística socialmente conformada», posee objetivos que divergen por completo de los de las dos anteriores. En palabras del autor, esta corriente representa:

El reto esencial en cuyo umbral nos encontramos; expresa la idea de que la función social conforma la manera en que se presentan los rasgos lingüísticos en la vida real; el punto de partida obligado es identificar las funciones sociales y descubrir cómo se seleccionan y se agrupan los rasgos lingüísticos para desempeñarlas... comparte un interés por el realismo y la validez sociales... Una lingüística socialmente conformada se preocupa por el significado social, y no sólo por el referencial, así como por el lenguaje como parte de la conducta comunicativa y de la acción social (1974: 196).

Hymes, quien apoya explícitamente esta orientación del lenguaje y la sociedad, considera que el rasgo que con mayor claridad la distingue es el hecho de que persiga una «teoría del lenguaje» y no una «teoría de la gramática». La lingüística al uso se ha comprometido en la elaboración de esta última. Es decir, se ha preocupado por el estudio de las regularidades que presenta el lenguaje en tanto que resultado de la frecuencia relativa de aparición o coaparición de diversas estructuras. En este sentido, el paradigma

cuantitativo es un ejemplo de modelo consagrado a construir una teoría de la gramática.

Una teoría del lenguaje, por su parte, estudia el uso de los enunciados en el discurso, dentro de una situación comunicativa inseparable del contexto social. Los fenómenos del orden social se incorporan así, sistemáticamente, al análisis lingüístico y, con el fin de lograr un conocimiento más profundo del lenguaje, se concede prioridad a lo social antes que a lo lingüístico. Igualmente, insiste también esta orientación en el papel que desempeña la función en la distribución de las formas lingüísticas¹.

1.1.3. La formalización

Otra posible línea divisoria, no menos importante que las precedentes, puede trazarse en el seno de la lingüística «con preocupaciones sociales» en torno a la formalización. Encontramos tres posiciones diferentes (y contrapuestas) con respecto a esta cuestión, las de William Labov, Dell Hymes y Teun van Dijk. Labov, por ejemplo, comparte muchos de los supuestos sobre la formalización inherentes a las corrientes principales de la gramática generativa; en efecto, considera su propia teoría no sólo compatible con la gramática generativa, sino como una contribución a ésta. En concreto, por medio de la regla variable, añade variables sociales a los mecanismos generativistas ya existentes. Incluso ha llegado a predecir que su teoría de la variación podrá proporcionar todas las respuestas que se precisan (o, al menos, parte de ellas) para resolver las cuestiones que tradicionalmente preocupan a la teoría generativista. Merece la pena mencionar, sin embargo, que, aunque Labov siga considerando útiles las reglas variables (como afirma Walters en el capítulo 7 de este volumen), en los últimos años ha modificado su posición y ya no les atribuye tan alto grado de poder explicativo. Su propuesta actual es que «las variables lingüísticas o reglas variables no constituyen en sí mismas una teoría del lenguaje. Sólo son mecanismos heurísticos... Por lo tanto, el análisis con reglas variables no se propone como una descripción de la gramática, sino como un recurso para descubrir algo más acerca de ella» (1978: 10-13).

Dell Hymes, por su parte, ha propugnado la formulación de reglas del habla como un medio para conferir precisión a los análisis, pero advierte a sus lectores que, si bien puede resultar indispensable cuando se pretende conocer los propósitos y las necesidades humanas, «la formalización es sólo un instrumento y no debe identificarse con el conocimiento en sí mismo» (1974: 64-65).

¹ Sankoff, en su capítulo de este volumen, valora la teoría de la variación por su interés dentro de la sociolingüística por la función y la interpretación, sin reconocer las aportaciones de quienes con anterioridad propusieron el uso de estos conceptos en el estudio de la variación, por ejemplo, Hymes (1974), Lavandera (1978, 1982).

Quando Hymes habla de «reglas» y de «conocimiento de las reglas», no parece pensar que éstas puedan incorporarse en un algoritmo que permita producir enunciados apropiados o establecer una conexión entre los enunciados y el contexto. De hecho, Hymes nunca ha formulado explícitamente las reglas que descubre en la competencia comunicativa del hablante oyente y que representarían su habilidad para emplear los enunciados de manera social y culturalmente adecuada.

Por último, van Dijk (1977) ejemplifica una corriente en la que la formulación de reglas se extiende hasta cubrir numerosos aspectos de la pragmática, especialmente con el fin de dar cuenta de las funciones específicas de los distintos tipos de discursos en determinados contextos y situaciones. Mientras que, para Hymes, las necesidades e intenciones humanas parecen resistirse a los análisis formales, van Dijk no sólo somete estas áreas a un análisis formal, sino también los conocimientos, las creencias y las preferencias del hablante y el oyente.

El que van Dijk y otros autores hablen de «reglas pragmáticas» no debe hacernos pensar, erróneamente, que tales reglas están detalladamente formalizadas dentro de un sistema axiomático semejante al de la gramática generativa. En la mayoría de los casos tienden a ser fragmentarias, a aparecer aisladas y a ser empleadas con escaso rigor, de la misma manera, por ejemplo, en la que Labov (1972b) se refiere a las «reglas de los insultos rituales». Sería mejor cambiar la denominación de «reglas» por la de «afirmaciones», «condiciones», «principios», «máximas», «estrategias», etc. De hecho, tales términos se han empleado a menudo (cf. las «máximas» de Grice, 1975; las «estrategias» de Gumperz, 1972a; las «condiciones» de Scarie, 1969; 1979).

1.2. La necesidad de una teoría social

Si lo que se persigue es formular una teoría de la gramática antes que una teoría del lenguaje, no ofrece mucho interés saber qué teoría social adopta el sociolingüista. Éste es el caso, por ejemplo, de los variacionistas, cuya meta es descubrir patrones y correlaciones cuantitativas que ponen al descubierto estructuras lingüísticas en la actuación. De hecho, la teoría de la variación ni siquiera demanda que las correlaciones se establezcan con factores sociales y estilísticos. Como señala David Sankoff en su contribución a este volumen, «los condicionantes lingüísticos internos que resultan de interés para los variacionistas... pueden quedar ejemplificados en la fonología de un único individuo... sin que sea preciso atender a factores sociales y estilísticos» (p. 174). (Existe algo más alejado de la noción de Hymes de una «sociolingüística socialmente conformada»?)

En cambio, la situación es muy diferente en el caso de aquellos que pretenden elaborar una teoría del lenguaje en su contexto social en vez de una teoría gramatical. El interés por la elección de una teoría social pasa a ser crucial desde el momento en que la cuestión esencial que se plantea es

determinar qué elementos del contexto social afectan a la producción y la comprensión del lenguaje en contextos reales¹.

Gregory R. Guy, en el capítulo tercero de este volumen, examina las posibles teorías sociales que pueden evocarse a la hora de formular qué variables extralingüísticas conciernen a la sociolingüística. Como acertadamente pone de manifiesto este autor, prácticamente todas las investigaciones emprendidas en esta área hasta la fecha se han realizado dentro del modelo de la estratificación social de Labov. Guy examina también, brevemente y con claridad, qué factores se verían implicados en un análisis sociolingüístico llevado a cabo desde la óptica marxista (véase también Rickford, 1986). (Lamentablemente, los estudios marxistas de la variación tienden a ser descriptivamente inadecuados. Un ejemplo sería la propuesta de Bordieu y Boltanski, 1975, quienes se limitan a utilizar métodos subjetivos a la hora de reunir muestras más representativas).

No estoy de acuerdo con la afirmación de Guy de que la concepción marxista de la sociedad como una lucha de clases pueda consistir con la definición de Labov (1972a) de la comunidad lingüística en términos de una norma social cargada de prestigio y compartida por todas las clases sociales. Guy trata de parafrasear la posición de Labov en términos marxistas, tarea, en la que, en mi opinión, fracasa. En efecto, el propio Labov cree que, desde el punto de vista de los resultados lingüísticos, resulta irrelevante la teoría social por la que se opte (comunicación personal, julio 1986). Así ha escrito que:

En lo que respecta al aspecto sincrónico de la estructura del lenguaje, sería un error conceder [sic] demasiado énfasis a los factores sociales. La gramática generativa ha hecho grandes progresos en el descubrimiento de relaciones invariables dentro de la estructura del lenguaje, incluso a pesar de que ignora por completo su contexto social (1970: 78).

Con esta actitud, no sorprende que Labov describiera la construcción pasiva del inglés como una variable sociolingüística aun después de haber comprobado que no es posible ponerla en relación con factores sociales (véase Labov y Weiner, 1977, y una discusión en Lavandera, 1978²).

El desinterés por la teoría social que muestran algunos investigadores del modelo cuantitativo ha llevado a muchos sociolingüistas a abandonar este paradigma³. Otros autores, en cambio, han disociado sus intereses: continúan

¹ Véase en las investigaciones de Gumperz (1982a,b) sobre los intercambios lingüísticos interculturales un excelente ejemplo de cómo las divisiones sociales entorpecen la comunicación.

² Posteriormente, Weiner y Labov (1983) publicaron una versión corregida en la que dan cuenta de las repercusiones de algunos factores sociales, entre los que se incluyen el sexo, la edad, la clase social y la etnia.

³ Para ser justa con los variacionistas, es necesario precisar que muchos de ellos son conscientes hoy día de las limitaciones de esta metodología a las que acabo de referirme y han ampliado sus horizontes en numerosas direcciones. Además, la teoría de la variación es a duras

realizando estudios formales cuantitativos y, al mismo tiempo, dedican una parte importante y fructífera de su trabajo al empleo de pruebas y argumentaciones lingüísticas para clarificar problemas de clara índole social; así lo hace Labov en buena parte de sus investigaciones (o. e., 1987).

En mi opinión, cualquier teoría que pretenda comprender la vida y la organización social por medio del estudio de los principios que regulan la comunicación verbal debe conceder prioridad a la elección de una teoría social.

1.3. El problema del contexto

La diversidad de objetivos y metodologías en el estudio del lenguaje y la sociedad, junto con la falta de consenso sobre qué teoría social resultaría más adecuada (o incluso sobre la propia necesidad de contar con una de ellas), ha contribuido a que exista aún mayor diversidad de opiniones a propósito de cuáles son los rasgos contextuales pertinentes dentro de un análisis sociolingüístico adecuado. En los dos subapartados siguientes revisaré y comentaré algunas cuestiones en este sentido. El apartado 1.3.1. es un resumen de aquellos aspectos del contexto que se han juzgado pertinentes; 1.3.2. es una revisión de las (dramáticas) consecuencias a las que conduce atribuir mayor importancia para el análisis al contexto social que al interpersonal.

1.3.1. Una cuestión metodológica: la elección efectiva de los contextos

Uno de los aspectos que ha resultado especialmente controvertido es el de qué rasgos del contexto resultan más pertinentes para la producción e interpretación del habla, de manera que cada uno de los distintos modelos concede mayor importancia a diferentes rasgos. En este apartado, se destacan aquellos rasgos a los que se han atribuido efectos más importantes sobre la forma y/o la función de la cadena de habla analizada.

Es probable que el factor más veces citado sea la situación comunicativa inmediata dentro de la cual tiene lugar el acto de habla (véase un examen más exhaustivo de este aspecto en Hymes, 1972, 1974). Sin embargo, la situación comunicativa puede enfocarse de muchas maneras. Labov, por ejemplo, destaca factores de largo alcance que consisten en propiedades que poseen los participantes en una situación comunicativa, tales como el sexo, la edad, la raza, el *status* socioeconómico, etc. Incluye también el «estilo» como una variable externa primordial, definiéndolo como «el grado de atención prestado al habla». Sin embargo, los etnometodólogos no comparten esta opinión y afirman que ni el estilo, ni las disposiciones institucionales en

penas homogénea: véanse en L. Milroy (1980), J. Milroy y L. Milroy (1985) y Guy (1979) importantes modificaciones dentro de este marco general.

general, se asocian con determinadas producciones lingüísticas; al contrario, es el habla lo que contribuye a establecerlas o a reafirmarlas. En consecuencia, para estos investigadores, el «individuo» (de la misma manera que «los otros» y la «situación») son en sí mismos contextos sociales que poseen para los participantes un significado simbólico. Además, los esfuerzos que los individuos realizan en la expresión no alcanzan por sí solos a edificar la identidad individual; más bien, «tales esfuerzos comunicativos tienen que ser interpretados, y se ven afectados, por aquel a quien va dirigidos» (cap. 14 de este volumen, p. 315).

Otros autores, como Gumperz (1982a,b), destacan la relevancia de las situaciones no comunicativas más generales en las que el evento comunicativo tiene lugar y en las que se inserta el acto de habla. Existen incluso estudiosos que confieren mayor importancia a las divisiones sociales que se establecen dentro de la comunidad de habla, es decir, a los grupos, redes de relaciones y clases sociales, así como a los patrones culturales que en ellas prevalecen y que afectan al comportamiento lingüístico de quienes participan en el evento comunicativo analizado⁵.

Pueden citarse otros rasgos contextuales que distintos paradigmas han considerado también pertinentes para la producción e interpretación del habla. Entre ellos figuran: los conocimientos compartidos, las creencias, las intenciones, las presuposiciones, las inferencias y todo aquello que pueda tener una base social o cultural; las acciones no verbales significativas que precedan, acompañen o sucedan al habla⁶; la naturaleza de la relación, simétrica o asimétrica, que se establece entre los hablantes y los oyentes; y características del hablante y el oyente, tales como el sexo, la edad, la raza o el nivel educativo, que pueden ser empleadas por los miembros de la comunidad a la hora de establecer normas o leyes y emitir juicios.

A pesar de lo extensa que pueda parecer esta enumeración de los rasgos contextuales que los distintos modelos sociolingüísticos toman en consideración, lo que, en mi opinión, distingue a estos paradigmas entre sí no es su elección de los contextos en sí mismos, sino, más bien, las hipótesis que formulan sobre la interrelación entre el lenguaje y el contexto y el que se conceda prioridad al componente social sobre el lingüístico, como hace Hymes, se atribuya mayor relevancia al componente lingüístico que al social (v. g. Labov) o se trate de conciliar ambos componentes, opción esta última que, a mi parecer, es la correcta.

⁵ Véase en el capítulo de Guy de este volumen y en Rickford (1986) una revisión de las distintas definiciones de «comunidad de habla».

⁶ La teoría de Goffman pone especial énfasis en las modalidades no verbales, las cuales cooperan con los significados puramente lingüísticos a la hora de conformar una organización social. En el capítulo 14 de Schiffrin de este mismo volumen, los lectores pueden encontrar una buena selección de los argumentos más destacados de Goffman sobre la problemática relación que existe entre el lenguaje y la organización social.

A lo largo de esta exposición he venido utilizando el término «contexto» de manera un tanto ambigua, sin distinguir entre el contexto social y el interpersonal. No es necesario precisar que cualquier estrategia integral del uso lingüístico debe cubrir ambos, a pesar de que, como mostraré a continuación, las disciplinas representadas en los distintos capítulos de este volumen no les concedan idéntica importancia.

Para la etnografía del habla, y para la mayoría de las ramas de la sociolingüística, es el contexto social el que resulta más relevante (aunque existen tanto etnolingüistas como sociolingüistas que rechazarían esta afirmación). El contexto es «social» en tanto que abarca la organización interna de la sociedad, con sus tensiones, diferencias internas, subgrupos, etc. Así, el estudio del lenguaje en su contexto social consiste en el estudio de los materiales lingüísticos producidos en el seno de la estructura social. Se concederá, por tanto, especial atención a la manera en que las características peculiares de la sociedad afectan a los patrones de variación y de cambio de la lengua hablada, y, a la inversa, se dedicará una atención particular a cómo los diferentes usos de una lengua y las diferentes actitudes frente a sus variantes afectan a las dimensiones y fuerzas internas de la comunidad.

Parece oportuno citar algunos ejemplos de la influencia mutua que existe entre la estructura social y la estructura lingüística por constituir uno de los temas prioritarios para sociolingüistas y etnógrafos de la comunicación. Considérese, por ejemplo, el caso de que un número amplio y creciente de miembros de una comunidad de habla adopten una actitud estigmatizadora hacia el uso de una variante lingüística concreta, lo cual, muy probablemente, tendrá como resultado final una situación lingüística que afectará a las relaciones internas entre los grupos. Otro ejemplo puede ser cómo los miembros de la clase media baja con aspiraciones de ascenso social tienden a la hipercorrección, fenómeno que, con toda probabilidad, se manifestará lingüísticamente.

Por otro lado, lo característico de subdisciplinas como la pragmática, el análisis del discurso y el análisis de la conversación es conceder prioridad al contexto interpersonal o «interaccional» antes que al contexto social. Estas áreas no tienen como objetivo la comprensión de las relaciones entre la estructura lingüística y la estructura social; hacen hincapié, más bien, en los individuos (generalmente dos) que participan en la interacción, es decir, en el hablante y el oyente. El contexto que se considera esencial para la comprensión de los enunciados o textos intercambiados incluye elementos propios de la psicolingüística, como son las intenciones, las creencias y los razonamientos. Cuando se evocan factores sociales como el «poder» y el «status» en estas subdisciplinas (v. g., Brown y Levinson, 1978), se integran en el análisis a través de la configuración psicológica del individuo. En concreto, el tipo de actos descritos y estudiados por la pragmática (Grice, 1975, y Searle, 1979;

son ejemplos representativos) se orienta esencialmente hacia las estructuras psicológicas de los individuos que interaccionan verbalmente.

Como ejemplo pueden citarse los estudios sobre las estrategias de cortesía, donde se tiende a considerar exclusivamente la relación existente entre los participantes, en particular, su estado psicológico de satisfacción u ofensa. El análisis de las relaciones personales es, de otra manera, ajeno. En un único acto de habla, uno de los participantes (o ambos) se siente satisfecho o insultado. Más aún, lo que caracteriza a estos enfoques es, precisamente, que ignoran la realidad social que estas estrategias reflejan, es decir, la distribución del poder en la sociedad. La cuestión de cómo se otorga y se mantiene lingüísticamente el poder en la sociedad queda fuera del campo de investigación de la pragmática y del análisis de la conversación.

Esto no implica que todos los investigadores que se ocupan del estudio de los participantes en el evento lingüístico preconicen la imagen de un hablante-oyente totalmente pasivo. Las «estrategias discursivas» de John Gumperz, por ejemplo (consultar Gumperz, 1962a, b), suponen una concepción activa y dinámica del hablante y del oyente en la que los propios agentes del habla pueden cambiar, e incluso crear, muchos de los rasgos del contexto social de su discurso. Algunos de estos cambios, que pueden considerarse antes resultado que factor condicionante del intercambio lingüístico, son fáciles de determinar con precisión, por ejemplo, el grado de formalismo de la situación y el carácter simétrico o asimétrico de la relación hablante(s)-oyente(s). De hecho, tal y como ha demostrado Gumperz, la capacidad que poseen el hablante y el oyente de modificar los contextos sociales no se limita, ni mucho menos, a los ejemplos mencionados, por otro lado, bastante obvios¹.

1.4. El análisis del discurso

Como final de esta panorámica, examinaré más detalladamente uno de los enfoques del estudio del uso lingüístico que se caracteriza por ocuparse del contexto interpersonal antes que del contexto social: el análisis del discurso. Descarta mostrar cómo este énfasis en el contexto interpersonal, que conlleva el que la atención se dirija exclusivamente a propiedades internas del discurso como la cohesión, la coherencia y la pertinencia, no es un enfoque obligado. Antes bien, es posible transcender lo interpersonal y establecer conexiones externas con el contexto social en cuyo seno tiene lugar el discurso.

Parece conveniente precisar, en primer lugar, que el término «discurso» se ha empleado en la bibliografía de la última década como sinónimo de dos

¹ Existen numerosas investigaciones que se apoyan sobre la concepción activa del hablante-oyente de Gumperz (véase, en particular, Ervin-Tripp, 1972). Véase en Lavandera (1987) un enfoque alternativo de las estrategias de cortesía.

término» que poseen significados claramente distintos: «habla contextualizada» y «texto». La primera acepción podemos encontrarla en las investigaciones llevadas a cabo por la etnografía del habla, la etnolingüística y (tradicionalmente) por la pragmática; la segunda es la que con mayor frecuencia se utiliza en el análisis del discurso y en una subdisciplina con éste relacionada, la gramática del texto. En efecto, el «discurso» (de acuerdo con la última de estas acepciones) constituye el único objeto de estudio para la mayoría de las investigaciones realizadas por el análisis del discurso, cuyo propósito (dejando al margen algunas de las diferencias que existen entre quienes lo practican) es entender en qué radican las diferencias que existen entre una sucesión de enunciados desconectados entre sí y un texto bien formado (véase un buen ejemplo en van Dijk, 1977).

La lectura de un trabajo representativo del análisis del discurso, tal y como se ha cultivado en los países de habla inglesa (lo que podríamos bautizar como «análisis del discurso anglosajón») es, a menudo, una experiencia decepcionante. Lo normal es que un escrito de estas características pertenezca a una de estas dos categorías: o bien el analista se ocupa de un texto escogido asepticamente, eliminando de él toda carga ideológica y aislándolo con respecto a la cadena discursiva a la que pertenece, o bien ejemplifica las propiedades que se atribuyen al discurso bien formado (la cohesión, la coherencia, la pertinencia, etc.) recurriendo poco más que a breves secuencias de dos o tres oraciones construidas artificialmente⁸.

El capítulo 13 de este volumen es una síntesis de esta tradición anglosajona, en la que el análisis del «discurso» se realiza al margen del contexto social de su producción y recepción (pese a que incluye referencias al enfoque, bastante diferente, de van Dijk).

Considero mucho más fructífero el análisis del discurso realizado fuera de la tradición anglosajona (puede encontrarse una buena revisión del enfoque marxista y de la escuela francesa en Seidel, 1985). Esta tradición alternativa se inició hace cincuenta años con los trabajos de Vološinov (1973) y Bakhtin (1981) (quienes, muy probablemente, eran la misma persona), los cuales, en palabras de Gill Seidel, «introdujeron en la lingüística y en la pragmática una concienciación política y una teoría de la acción social básicamente marxista como parte integrante de la elaboración de una lingüística socialmente relevante y socialmente realista» (1985: 44; véase también Hymes, 1977). Esta tradición pervive hoy día en las investigaciones del analista del discurso francés Ducrot (1972, 1973, 1984) y en las de muchos otros que se sienten copartícipes del estudio general del comportamiento comunicativo y la acción social.

⁸ Incluso un examen exhaustivo de la cohesión como el llevado a cabo por Halliday y Hasan (1976) no proporciona elementos con los que descubrir cómo se jerarquiza la información dentro del texto, cuestión a la que, ciertamente, debe otorgarse prioridad sobre la de la «buena formación».

Dentro de este enfoque, que comparto, el análisis de unidades tales como los enunciados, los intercambios breves, los actos de habla y los textos aislados es tan sólo una etapa intermedia (aunque obligada) para comprender cuál es la naturaleza social del habla. Si lo que se desea es percibir una panorámica global del lenguaje en su contexto, deben estudiarse las relaciones que se establecen entre distintos discursos, es decir, cómo discursos diferentes en su organización interna se refieren al mismo tema; las relaciones intertextuales o secuenciales, esto es, aquellos casos en que cada discurso prepara el camino por el que habrá de discurrir el discurso que le sigue, producido por el mismo hablante o por otros distintos; y cómo la función social de un discurso se ve alterada por la ideología en cuyo seno se produce o se recibe⁹.

⁹ En el Instituto de Lingüística de la Universidad de Buenos Aires nos encontramos desarrollando en la actualidad un enfoque del discurso semejante al que acabo de reseñar. Nuestras compilaciones de artículos, *Análisis sociolingüístico del discurso político. Cuadernos del Instituto de Lingüística*, contienen trabajos sobre la jerarquización interna de la información (Pardo, 1985; Lavandera, 1986b), las relaciones interdiscursivas (Lavandera et al., 1985) y las relaciones intertextuales (Raiter y Menéndez, 1986; Lavandera, 1985). Una importante investigación en curso es el análisis de lo que es específico del discurso dentro del funcionamiento social del lenguaje y una identificación de cómo los rasgos del discurso reflejan, y, a su vez, crean, funciones de alcance social, entre las que se incluyen los papeles o localizaciones simbólicas de los participantes en la *enunciación* (García Negroni y Raiter, 1986). Otros trabajos abordan los mecanismos del «discurso referido» (Zoppi, 1986) y los recursos de la mitigación (Lavandera, 1986a).

términos que poseen significados claramente distintos: «habla contextualizada» y «texto». La primera acepción podemos encontrarla en las investigaciones llevadas a cabo por la escuela del habla, la *speech act theory* y funcionalmente por la pragmática; la segunda es la que con mayor frecuencia se utiliza en el análisis del discurso y en una subdisciplina con éste relacionada, la gramática del texto. En efecto, el «discurso» (de acuerdo con la última de estas acepciones) constituye el único objeto de estudio para la mayoría de las investigaciones realizadas por el análisis del discurso, cuyo propósito (dejando al margen algunas de las diferencias que existen entre quienes lo practican) es entender en qué radican las diferencias que existen entre una sucesión de enunciados desconectados entre sí y un texto bien formado (véase un buen ejemplo en van Dijk, 1977).

La lectura de un trabajo representativo del análisis del discurso, tal y como se ha cultivado en los países de habla inglesa (lo que podríamos bautizar como «análisis del discurso anglosajón») es, a menudo, una experiencia decepcionante. Lo normal es que un escrito de estas características pertenezca a una de estas dos categorías: o bien el analista se ocupa de un texto escogido asépticamente, eliminando de él toda carga ideológica y aislándolo con respecto a la cadena discursiva a la que pertenece, o bien ejemplifica las propiedades que se atribuyen al discurso bien formado (la cohesión, la coherencia, la pertinencia, etc.) recurriendo poco más que a breves secuencias de dos o tres oraciones construidas artificialmente³.

El capítulo 13 de este volumen es una síntesis de esta tradición anglosajona, en la que el análisis del «discurso» se realiza al margen del contexto social de su producción y recepción (pese a que incluye referencias al enfoque, bastante diferente, de van Dijk).

Considero mucho más fructífero el análisis del discurso realizado fuera de la tradición anglosajona (puede encontrarse una buena revisión del enfoque marxista y de la escuela francesa en Seidel, 1985). Esta tradición alternativa se inició hace cincuenta años con los trabajos de Volosinov (1973) y Bakhtin (1981) (quienes, muy probablemente, eran la misma persona), los cuales, en palabras de Gill Seidel, «introdujeron en la lingüística y en la pragmática una concienciación política y una teoría de la acción social básicamente marxista como parte integrante de la elaboración de una lingüística socialmente relevante y socialmente realista» (1985: 44; véase también Hymes, 1977). Esta tradición pervive hoy día en las investigaciones del analista del discurso francés Ducrot (1972, 1973, 1984) y en las de muchos otros que se sienten copartícipes del estudio general del comportamiento comunicativo y la acción social.

³ Incluso un examen exhaustivo de la cohesión como el llevado a cabo por Halliday y Hasan (1976) no proporciona elementos con los que descubrir cómo se jerarquiza la información dentro del texto, cuestión a la que, ciertamente, debe otorgarse prioridad sobre la de la «buena formación».

Dentro de este enfoque, que comparto, el análisis de unidades tales como los enunciados, los intercambios breves, los actos de habla y los textos aislados es tan sólo una etapa intermedia (aunque obligada) para comprender cuál es la naturaleza social del habla. Si lo que se desea es percibir una panorámica global del lenguaje en su contexto, deben estudiarse las relaciones que se establecen entre distintos discursos, es decir, cómo discursos diferentes en su organización interna se refieren al mismo tema; las relaciones intertextuales o secuenciales, esto es, aquellos casos en que cada discurso prepara el camino por el que habrá de discurrir el discurso que le sigue, producido por el mismo hablante o por otros distintos; y cómo la función social de un discurso se ve alterada por la ideología en cuyo seno se produce o se recibe⁴.

⁴ En el Instituto de Lingüística de la Universidad de Buenos Aires nos encontramos desarrollando en la actualidad un enfoque del discurso semejante al que acabo de reseñar. Nuestras compilaciones de artículos, *Análisis sociolingüístico del discurso político. Cuadernos del Instituto de Lingüística*, contienen trabajos sobre la jerarquización interna de la información (Pardo, 1985; Lavandera, 1985b), las relaciones interdiscursivas (Lavandera et al., 1985) y las relaciones intertextuales (Raiter y Menéndez, 1986; Lavandera, 1985). Una importante investigación en curso es el análisis de lo que es específico del discurso dentro del funcionamiento social del lenguaje y una identificación de cómo los rasgos del discurso reflejan, y, a su vez, crean, funciones de alcance social, entre las que se incluyen los papeles o localizaciones simbólicas de los participantes en la *enunciation* (García Negroni y Raiter, 1986). Otros trabajos abordan los mecanismos del «discurso referido» (Zoppi, 1986) y los recursos de la mitigación (Lavandera, 1986a).